



*Infinity*, 2006  
vídeo, 4'38"  
CORTESÍA RASCHE RIPKEN, BERLÍN

YAMASHITA + KOBAYASHI

*Infinity*, 2006

Oportunamente, los comisarios de la exposición citan a Camus cuando decía a propósito del hombre moderno, que “no hay castigo más terrible que el trabajo inútil y sin esperanza”. El hombre postmoderno revisa esta sentencia, y desde el campo del humor absurdo, confiere al trabajo inútil el objetivo de allanar el camino hacia lo inverosímil. Sólo es capaz de conquistar lo imposible quien ensaya lo absurdo, sentencia Unamuno. Por estas resonancias metafísicas y existencialistas, el humor absurdo quizá sea la quintaesencia del humor y la única variante que ofrece al humano un camino de superación de su propia condición.

El sitio del humor absurdo en el arte contemporáneo se sitúa en la encrucijada de dos acontecimientos; primero, el abrazo de la cultura popular por parte de los discursos y formatos del arte. La postmodernidad, en su búsqueda de alternativas a la ortodoxia más racional, promovió la recuperación de experiencias ligadas a condiciones sensoriales (gusto, oído, olfato) que, en términos etnográficos, pertenecen a la prehistoria. El baile (recordemos el auge de la “Cultura de club”), la canción (ya no hay inauguración sin concierto) o lo cómico, se han desencorsetado para pasar a formar parte hoy del igual de elitista pero más vasto registro perceptual de prácticas artísticas. Por otro lado, en la actualidad se está produciendo una manifiesta adolescenciación del discurso del

artista, tanto en forma como en contenido. Los conceptos de movilidad, conectividad y ubicuidad, y las imágenes de la sociedad de consumo, inoculan un behaviorismo del que no se libra nadie: *Forever young, I want to be*. La madurez física y mental es una espada de Damocles. El dibujo y el humor, como sinónimo de espontaneidad y adolescencia, son recurrentes bajo esta presión social y estética. Esto explicaría el porqué de la actual prosperidad dentro del circuito artístico del dibujo amorfo e infantil-loide, impostación de la espontaneidad.

Yamashita+Kobayashi trabajan un humor en las antípodas de la estética del descuido aparente. Las relaciones de pareja, las neurosis urbanas, o la evasión, son cuestiones delicadamente aludidas en sus trabajos con un humor sordo, que se aproxima al absurdo en el sentido de la realización de un esfuerzo que precede a la infertilidad absoluta. Esfuerzo es uno de los conceptos que apuntalan el proceso creativo de la pareja de artistas. Trabajos como *1000 waves* (contar y numerar las olas de mar hasta 1.000), *Candy* (lamer durante 6 meses un caramelo del tamaño de un balón de fútbol hasta darle el tamaño de un guisante), son representativas del énfasis en el desarrollo de gestas que, normalmente, tienen un objetivo completamente estéril y anecdótico. Tanto para nada en una sociedad capitalista como la que nos envuelve es un gesto tajantemente antisistema.

Hicieron falta 5 días de obsesivos paseos para trazar el símbolo del infinito en el suelo de un parque. El sendero que su tránsito deja es similar a los llamados “Camino del deseo” que dibujamos en las ciudades, atajos para llegar antes, pero también gestos contrarios a la

voluntad de las autoridades que nos marcan itinerarios menos convenientes. En Flickr un grupo se dedica a recopilar imágenes de estos caminos (*Desire Paths*). Pero quien anticipó este concepto fue Bachelard, quien en *La poética del espacio* examina la arquitectura y los espacios urbanos y domésticos a la luz de gestos espontáneos debidos al uso. Estos caminos cubren el universo, dice, con nuestros diseños vividos, tonalizados sobre el modo de nuestro espacio interior.

Son la poética y la necesidad los dos elementos sustanciales que dan cuerpo al concepto del “Camino del deseo”. Yamashita+Kobayashi combaten esta segunda (la necesidad) con su antónimo: el capricho. Y este acto de negación del uso dispara notablemente el primer elemento: la poética. El camino del deseo de Yamashita+Kobayashi es el de ensayar lo infinito y conquistar lo inconquistable.